

que le hizo disfrutar durante su largo reinado, se designa aun hoy con el nombre de *Octaviana*, y el período de su ilustrada administracion con el nombre de *siglo de Augusto*; y estas denominaciones son un homenaje que vienen tributando diez y nueve siglos á la memoria de aquel grande hombre. Como á él tributó frecuentemente Horacio elogios, que escritores apasionados tacharon tal vez de ser-

ODE III.

AD NAVEM QUÆ VIRGILIUS ATHENAS VEHEBATUR.

Sic te diva potens Cypri,

Sic fratres Helenæ, lucida sidera,

Ventorumque regat pater,

Obstrictis aliis præter Iapyga;

Navis, quæ tibi creditum

Debes Virgilium, finibus Atticis

Reddas incolumem, precor,

Et serves animæ dimidium meæ.

Illi robur et æs triplex

Circa pectus erat, qui fragilem truci 10

Commisit pelago ratem

Primus, nec timuit præcipitem Africum

Decertantem Aquilonibus,

Nec tristes Hyadas, nec rabiem Noti,

Quo non arbiter Adriæ 15

Major, tollere seu ponere vult freta.

viles y abyectos, he debido justificarlos en esta noticia de la vida del personaje á quien fueron dirigidos, y á quien no los prodigaron menores todos los historiadores contemporáneos. Concluiré diciendo que Augusto no solo fué un guerrero distinguido y un político profundo, sino un orador elegante y un estimable poeta.

ODA III.

A LA NAVE EN QUE IBA VIRGILIO A ATENAS.

Nave, que de Virgilio

El precioso depósito nos debes,

Que á tu fé se confia,

Salvo á las playas áticas le lleves,

Y guardes la mitad del alma mia.

Asi la cipria diosa

Y los gemelos fúlgidos de Helena

Te dirijan, ó nave,

Y Eolo, que los vientos encadena,

Y sople solo el céfiro suave.

Rodeaba sin duda

Triple armadura de templado acero,

El corazon de robre

Del que á fiar se aventuró el primero

Frágil esquite á piélagos salobre;

Ni á las Hiadas tristes,

Ni del bóreas temió y ábrego insano

La continua refriega,

Ni al noto, que señor del golfo adriano,

Tal vez sus olas alza, y tal sosiega.

Quem mortis timuit gradum,
 Qui siccis oculis monstra natantia,
 Qui vidit mare turgidum, et
 Infames scopulos Acroceraunia? 20

Nequicquam Deus abscidit
 Prudens Oceano dissociabili

Terras, si tamen impiæ
 Non tangenda rates transiliunt vada.

Audax omnia perpeti 25
 Gens humana ruit per vetitum nefas.

Audax Iapeti genus
 Ignem fraude malâ gentibus intulit.

Post ignem ætheriâ domo
 Subductum, Macies, et nova Febrium 30

Terris incubuit cohors;
 Semotique prius tarda necessitas

Lethi corripuit gradum.
 Expertus vacuum Dædalus aëra

Pennis non homini datis; 35
 Perrupit Acheronta Hercules labor.

Nil mortalibus arduum est:
 Cælum ipsum petimus stultitiâ; neque

Per nostrum patimur scelus,
 Iracunda Jovem ponere fulmina. 40

¿Qué riesgo asombraría
 Al que con ojo enjuto mirar pudo
 Nadando en vasto giro
 Mónstruos al rededor, y el mar sañado,
 Y los tristes escollos del Epiro?

La tierra en vano Jove
 Por hondos mares separó prudente;
 Pues la sirte vadosa,
 Donde tocar el cielo no consiente,
 Sacrilega barquilla saltar osa.

Audaz por lo vedado
 Desbócase el mortal; al mundo bajo
 Con fraudes Prometeo
 Y osadía sin par, el fuego trajo,
 Que del alcázar arrancó Febeo.

La Amarillez, la Fiebre
 Y de ignorados males hueste impía
 Ocuparon el suelo
 Entonces, y la muerte antes tardía
 De entonces ¡ay! aceleró su vuelo.

Dédalo las regiones
 Osó con álas al mortal negadas
 Surcar del aura leve;
 Forzó Alcides del Orco las moradas;
 ¿A qué del hombre el ansia no se atreve?

A veces desafia
 Al cielo mismo nuestro orgullo vano,
 Y por la culpa nuestra
 No dejamos que Jove soberano
 Desarme en fin la fulminante diestra.

NOTAS.

En la oda anterior trató Horacio un objeto político, y la cabeza del poeta es la que forma y ejecuta esta especie de planes. En la oda presente es otro el sentimiento que domina; no es la ambición ni el patriotismo, que se interesan por la consolidación de un poder de que se espera algún bien privado ó público; es la amistad, que se inquieta por la muerte de un amigo á quien amenaza algún mal; no es la cabeza la que concibe, es el corazón el que concibe y ejecuta. Y no se crea que la expresión deba ser por eso menos elevada y enérgica, pues el corazón tiene también registros, que dan sonos tan vigorosos como la cabeza. El yate de Venusia empieza por desear que quien á su colega de Mantua, en la navegación que va á emprender á Atenas, las constelaciones que se creían favorables á los navegantes; pero este deseo no aparecería á la altura de la amistad que unía á los dos más ilustres poetas del siglo de los poetas, si no lanzase á Horacio en seguida á meditar sobre los peligros del mar, y no le hiciese descubrir en el arte de la navegación, uno de los mayores esfuerzos de la audacia de los hombres. Desde este terreno, era fácil pasar á otro más ancho, y el poeta pasa en efecto, cuando generalizando las declamaciones contra todas las especies de temeridad, recuerda con rapidez y maestría los memorables ejemplos de ella que dieron al mundo Prometeo, Dédalo y Hércules. Este plan, lejos de ser desordenado, como creyeron algunos, se distingue al contrario por su admirable y magnífica unidad. Los sentimientos que al poeta arrancan las locuras ó estravagancias que de los hombres enumera, brotan naturalmente del objeto principal, como que solo los inspira el peligro que amenaza á los días de uno de sus amigos más queridos. Este miedo, este interés, es el tema fundamental de

todas las modulaciones de esta oda, que con razón creía Marmontel la primera de las de Horacio en el género apasionado, que es el primero de todos los géneros.

En las poesías de D. Alberto Lista, publicadas en 1837, se ve una nueva traducción de esta pieza. Héla aquí.

Asi la amable diosa
 Que reina en Chipre; así su luz serena
 Te den, nave preciosa,
 Los dos hermanos de la bella Helena;
 Y desatando el aura deliciosa,
 El padre de los vientos soberano
 Enfrente á los demás el vuelo insano:
 ¡Ay! mi Virgilio, prenda á ti cedida,
 Y que debes volver, entrega sano
 A la cecropia arena,
 Y en él la mitad guarda de mi vida.
 De diamante formado
 El pecho tuvo y de robusto acero,
 Quien al piélago airado
 Un leño frágil entregó primero;
 Ni temió al Austro altivo, desatado
 Contra el fiero Aquilon, ni las lluviosas
 Hiadas, ni las furias procelosas
 Del Noto que en el Adria siempre manda;
 Bien encrespe sus olas espumosas,
 O bien manso y ligero,
 Restituya á la mar su quietud blanda.
 Al mortal atrevido
 ¿Qué riesgo espantará, cuando sereno
 Vió el golfo embravecido,
 De escollos y nadantes fieras lleno?
 En vano Jove el mundo dividido
 Ciñó con Océano dilatado,
 Que apartase los hombres, y alterado
 Enfrenase su intrépida osadía,
 Si á su pesar del piélago negado
 El más remoto seno
 Atraviesa veloz la nave impía.

De sosiego impaciente
 Y ansiosa de su mal, feroz y osada
 La sacrilega gente
 Se precipita á la maldad vedada.
 El hijo de Japeto el rayo ardiente
 Robó del sol; su fraude pernicioso
 Siguió de males escuadron sañoso,
 Que la tierra oprimió con rabia fiera,
 Y la muerte, que en paso perezoso
 La ley nunca evitada
 Cumplió primero, abrevia la carrera.
 Surcó Dédalo el viento
 Con álas al mortal no concedidas:
 Al Orco macilento,
 Mansiones por las furias defendidas,
 Hércules penetró con firme aliento.
 Nada es difícil al orgullo humano:
 Ya desde el Osa con furor insano
 Al mismo cielo se atrevió primero:
 Ni permite que Jove soberano
 Las iras merecidas
 Deponga, ni su rayo justiciero.

V. 1. *Diva potens Cypri...* No se trata aquí de Vénus, diosa de la hermosura y madre del amor, sino de la estrella del mismo nombre, que se creía muy favorable á los navegantes. Los poetas antiguos atribuían á una causa, poco respetable en astronomía, los favorables auspicios de aquel astro. Ovidio decía que no era extraño que *Vénus* tuviese influencia en el mar, habiendo nacido de él. Ya cuando Horacio hable de la diosa misma, procuraré yo desentrañar lo que hay de poético, ingenioso y delicado en su origen.

V. 2. *Fratres Helenæ...* Castor y Polux. La mitología cuenta que por fruto de las caricias que hizo Leda, muger de Tindaro, rey de Esparta, á Júpiter convertido en cisne, puso ella dos hueyos, de uno de los cuales salieron Polux y Helena, y del otro Castor y Clitemnestra, ó bien Castor y Polux de uno, y Clitemnestra y Helena de otro, pues

sobre esto varían las tradiciones antiguas. En lo que nunca variaron fue en atribuir un origen divino á los seres que se distinguieron por hechos insignes, y para ello tejieron genealogías, que no eran sino la espresion material de la idea, «de ser necesaria la intervencion de la divinidad, para la produccion de los tipos de las virtudes capaces de ennoblecer ó realzar la especie humana;» virtudes, que para que sirvieran á esta de estímulo permanente, debian ser un objeto de veneracion. A este fin convenia rodear de prodigios la cuna de los hombres ilustres, destinados á ser la personificacion de estas ó aquellas altas cualidades; y no por otra causa se hizo al Dios de los dioses padre de Mercurio, de Minerva, de Marte y de Apolo, es decir, de los símbolos de la elocuencia, de la sabiduría, del valor, y de los encantos de la poesia y de la música. Por la misma razon Hércules, Perseo, casi todos los mortales en fin, á quienes encomendaban los hados la ejecucion de designios favorables á la mejora y á los progresos de la humanidad, debian mostrarse al mundo con el prestigio de un origen superior, y presentar en este origen mismo una prenda de la proteccion del cielo, y la seguridad de llevar á cabo las altas empresas que á su valor se confiaban. A la categoria de estos seres privilegiados pertenecieron *Castor y Polux*, que desde luego se distinguieron en la célebre expedicion emprendida para la conquista del vellocino de oro, de la cual tendré mas adelante ocasion de hablar. Vueltos de aquel memorable viage, los ilustres gemelos vencieron á los atenienses, y rescataron de poder de ellos á su hermana Helena, ocasion despues ó pretexto de la mas ruidosa querrela, de que hacen mencion los fastos de la antigüedad. Habiendo alcanzado por su valor los dos hermanos una alta reputacion, y por su moderacion habitual el epíteto de *benéficos ó conservadores*, puso *Polux* el sello á su fama, ganando muchas veces en los juegos olímpicos el premio del pugilato, y mereciendo por ello ser mirado como el patrono de los atletas entregados al mismo egercicio. *Castor* obtuvo igual gloria por su destreza y agilidad en las carreras de caballos, y por su habilidad para domarlos; dotes, que cuando se

consideraban la pujanza y la destreza como las mas altas cualidades de los hombres, daban un derecho indisputable al respeto de los que no tenian la dicha de poseerlas. Los dos hermanos se amaban entrañablemente, y Júpiter para recompensar este cariño, los trasladó al zodiaco bajo la forma de una constelacion, á la cual dieron los antiguos el nombre de *Gemelos*, y nosotros el de *Geminis*. La aparicion de este grupo de estrellas, se decia que calmaba el mar agitado, y se reputaba por consiguiente muy favorable á los navegantes.

V. 3. *Ventorum pater...* De un Eolo, que vivia en tiempo de la guerra de Troya, y reinaba en la isla de Lipari al norte de la Sicilia, dice la historia que era muy entendido en el arte de la navegacion; y esto bastó para que la mitologia le hiciese el númen de los vientos y de las tempestades, que soltaba ó encerraba á su arbitrio.

V. 4. *Iapyga...* *Iapyx*, el noroeste, hacia mucho daño en la parte de la Italia meridional, que se llamó *Iapygia*, del nombre de su poblador *Iapyx*, hijo de Dédalo. Dañino y cruel en el dicho territorio, y aun á veces en el Adriático, era sin embargo el mas favorable para ir de los puertos de la costa de Nápoles á Grecia.

V. 6. *Virgilium...* Publio *Virgilio* Maron, cuyo nombre se acostumbraron á acatar desde niños cuantos debieron á la suerte una mediana educacion, nació en la aldea llamada antes *Andes*, y hoy *Piétola*, en las inmediaciones de Mantua, en 15 de octubre del año 684 de Roma, cinco antes que Horacio, cerca de siete antes que Augusto, y sobre setenta antes de J. C. Sus padres, labradores acomodados, le enviaron á estudiar primero á Cremona, y despues á Nápoles, donde hizo grandes progresos en la filosofía. En la inicua reparticion de bienes que hicieron los triunviros entre sus tropas, tocó á *Virgilio* ser despojado de los suyos, y aun corriera riesgo su persona, si no la protegiera Polion, comandante de las legiones situadas á la sazón en Mantua. Con el favor de aquel hombre insigne, pudo introducirse *Virgilio* con Mecenas, y en seguida con Octavio, y alcanzar la restitucion de su confiscada hacienda, y desde entonces se consagró todo entero á la

poesía. Las primeras obras que publicó fueron *églogas*, notables, mas que por la imitacion de las costumbres pastorales, realizadas en los idilios del bucólico siciliano Teócrito, por un horror generoso á los desmanes de la guerra civil, y por un delicado alarde de nobles y patrióticos sentimientos. Necesitaba no obstante la Musa de *Virgilio* un campo mas ancho que el de la *égloga*, y en breve las *geórgicas*, revistiendo las artes del labrador y del ganadero de las mas ricas galas de la poesía, revelaron á Roma la aparicion de un poeta, elevado á par que correcto, ingenioso á par que instructivo, y dotado á un tiempo de ardiente fantasía y de esquisito juicio. El que en sus *églogas* y en sus *geórgicas* se habia levantado del primer vuelo sobre Teócrito y sobre Hesiodo, podia sin temeridad aspirar á todas las glorias de su profesion; y *Virgilio*, ceñido del laurel bucólico y del didáctico, se lanzó á conquistar el de la alta epopeya. En este género se habia Homero elevado á una altura á que no parecia posible llegar, y *Virgilio* no podia luchar con aquel coloso, sino cuidando de dar á su obra proporciones tales, que no permitiesen establecer una comparacion rigurosa entre ella y la del cantor de Aquiles. Para esto pensó enlazar con la caída de Troya el nacimiento de Roma, y hacer salir de entre las llamas de la incendiada capital de la Frigia, un príncipe valiente, religioso, humano, modelo de todas las virtudes, y fundador de un reino, al cual se anunció desde luego el imperio del mundo, de que con gran envanecimiento de los romanos del tiempo de *Virgilio*, se hallaba Roma apoderada á la sazón. No cabe en una nota el juicio de la *Eneida*, ni á mi, obligado á reducirme á una corta noticia biográfica de su autor, me toca decir otra cosa, sino que para dar la última mano á su poema, emprendió *Virgilio* el viage á Atenas, que dió ocasion á la hermosa oda que comento. En aquella metrópoli de la civilizacion vió el poeta de Mantua á Augusto, que volvia de una expedicion á Oriente, y con quien se proponia regresar á Roma; pero en la travesía se le agravó una de sus dolencias habituales, y apenas desembarcado en Brindis, falleció allí de edad de 52 años, en

el de 736 de Roma. Por su testamento dejó dispuesto que se quemase la *Eneida*, á pretexto de que no tenia aun toda la perfeccion que su autor se proponia darle; pero Augusto no permitió que se cumpliese aquella disposicion fatal, y encargó la revision de la obra á dos literatos ilustres, amigos del poeta, llamados Lucio Vario y Plocio Tuca, los cuales se limitaron á suprimir algunos versos imperfectos ó redundantes, y no se atrevieron á hacer una sola adiccion, ni aun para completar los versos que, todavia hoy, vemos incompletos. *Virgilio* era alto y delgado, naturalmente melancólico y sóbrio, tímido, modesto, generoso, y tan puro en sus costumbres, que en Nápoles se le designaba por el sobrenombre de *la Virgen*. Las riquezas que debió á la munificencia de Augusto, y la opinion que le grangearon sus escritos y sus larguezas, no bastaron á suscitarle enemigos, y fue de los pocos hombres ilustres que pudieron gloriarse de no tenerlos. Cual diez y seis siglos despues sucedió entre nosotros con Lope de Vega, *Virgilio* no podia salir á la calle, sin que todos le señalasen como el poeta mas distinguido, y el hombre mas dulce de su tiempo.

V. 6. *Finibus Atticis...* Dióse el nombre de *Atica* á la parte del territorio de la Grecia, comprendido entre la Beocia y el istmo de Corinto. Se pretende que se llamó *Atica* de *Atis*, hija de Cranao, segundo rey de Atenas. Esta ciudad era la capital.

V. 9. *Illi robur et æs triplex...* La espresion es sublimemente enérgica, y la transicion eminentemente lírica. El trozo que empieza con este verso vigoroso, hace un contraste soberbio con los dísticos anteriores, terminados con el elegante, tierno y voluptuoso verso, de *serves animæ dimidium mex.*

V. 10. *Qui fragilen truci...* Muchas veces tendré ocasion de llamar la atencion de mis lectores, sobre el cuidado que tiene nuestro lírico de colocar juntos los epítetos, ó cualesquiera otras palabras que forman una antítesis. Horacio no deja ni el mar ni la nave sin calificacion, y dice *fragilem ratem*, y *truci pelago*; pero poner á cada sustantivo un epíteto verdadero, oportuno y poético, lo

hacen todos los buenos poetas; lo que no hacen todos, lo que casi no puede hacerse en las lenguas vivas, lo que es un mérito particular de nuestro autor, y una ventaja de la lengua en que él escribió, es juntar siempre las palabras *fragilem truci*, *tenues grandia*, *palluit audax*, *operosa parvus*, y otras mil de esta clase.

V. 12. *Africum...* El sudoeste, como mas abajo al nordeste se llama *Aquilon*.

V. 14. *Hyadas...* La fábula supuso que cinco de las hijas de Atlante, alligadas escesivamente por resultas de la muerte desgraciada de su hermano *Hias*, fueron convertidas en un grupo de estrellas, á las que, por ser ocasionada á lluvias su aparicion, se les puso el nombre griego de *hiadas*, como si se dijera *lluviosas* ó *lloronas*. Otros refieren la historia de otra manera. Lo que no tiene duda es que la constelacion de las *Hiadas*, compuesta de cinco estrellas colocadas en la frente del toro, anunciaba lluvias y mal tiempo. Véanse las notas á la oda décima.

V. 15. *Quo non arbiter Adriæ...* Los *venetos*, que desde Paflagonia su patria, pasaron despues de la guerra de Troya, á establecerse en las costas del golfo de Iliria, dieron á este el nombre de *golfo de Venecia*, y al mismo se dió despues el de *Adriano* ó *Adriático*, tomado de la ciudad de *Adria*, situada sobre el Taro, á diez y ocho leguas de Ravena. Horacio llama aquí al viento del medio dia, *el mas poderoso árbitro de este golfo*, ó por ser aquel viento el que mas reinaba en él, ó por ser, mas que otro, ocasionado á tormentas. En la oda tercera del tercer libro designa el poeta al mismo viento con la denominacion de *turbulento caudillo del Adriático*.

V. 17. *Quem mortis timuit gradum...* Oportuna y magnífica esclamacion. *Monstra natantia*, *mare turgidum*, *infames scopulos*, *Deus prudens*, *oceanò dissociabili*, *impix rates*, *vada non tangenda*; he aquí modelos que no deben perder de vista los que se dediquen á la poesía. Las composiciones poéticas adquieren un gran brillo por la asociacion constante de epítetos convenientes á los sustantivos. Muchos de nuestros mas famosos líricos no conocieron este importante secreto del arte.

V. 18. *Siccis... Rectis* lee Bentlei, y *fixis* Cuningam. Esta última lección sería excelente, si tuviese el apoyo de la autoridad.

V. 20. *Acroceraunia...* Los *Ceraunios*, montes que dominan las costas del antiguo Epiro. Se les dió este nombre, porque á causa de su altura eran muy ocasionados á rayos.

V. 21. *Nequicquam...* Todo es escogido en este dístico y el siguiente. Los verbos *abscedit* y *transiliunt* son expresivos, y el epíteto *dissociabili* de una fuerza maravillosa. La calificación de *impia* dada á las naves es justísima; pues cuando se supone que es un Dios pródigo el que por anchos mares ha separado las tierras, se puede muy bien llamar *impío* al que pretende oponerse con sus tentativas osadas á los designios de la Providencia.

V. 27. *Japeti genus...* No hay quizá en la mitología un suceso mas importante, ni rodeado de circunstancias mas misteriosas y contradictorias, que la creación del hombre atribuida á *Prometeo*. Hízose á este personaje hijo de *Japeto*, que vivió cerca de diez y siete siglos antes de J. C., y á quien por esta razón veneró el gentilismo como el ser mas antiguo del mundo, y el origen de la especie humana. De su hijo *Prometeo* se cuenta que formó un hombre de barro, y que queriendo darle vida, imploró el auxilio de *Minerva*, la cual ofreció poner á disposición del artífice los recursos que para el logro de su propósito pudiese suministrar el cielo; y al efecto le trasladó á sus regiones, donde le proporcionó la ocasión de robar un rayo del carro del sol. Añádese que *Jupiter*, indignado de la audacia de aquel hombre, le condenó á ser amarrado á una roca del Cáucaso, donde un buitre debía devorar sin descanso su corazón. No se explicaría seguramente esta fábula con suponer, como lo hizo algun mitólogo, que *Prometeo* fué un hábil escultor, entre cuyas obras se distinguía una estatua de hombre tan perfecta, que todos decían no faltarle mas que la vida. Pero se podría quizá completar la explicación añadiendo, que con la intervención que en este suceso señaló á *Minerva* la mitología, se significó el *ingenio*, que para dar tan

gran perfección á su obra hubo de emplear el insigne artífice; *ingenio* que parecía argüir la presencia de la divinidad, en que fue personificada ó simbolizada la *Sabiduría*. El robo del rayo del carro del sol, no es verosimilmente sino la alegoría de la altura á que con frecuencia se eleva el ingenio, ó de la osadía con que procura arrancar á la naturaleza sus mas hondos secretos. Es posible tambien que con aquel hecho se quisiese significar la aplicación que del *fuego* material hizo *Prometeo* á las artes en que sobresalía, ó bien, la *inteligencia* por el mismo fuego representada. En fin, el castigo atroz que por aquel hecho se le impuso, puede considerarse como la expiación de una superioridad, que en las primeras edades del mundo no era extraño que fuese calificada de presuntuosa, y aun de sacrilega, cuando casi en nuestros dias, despues de treinta y seis siglos transcurridos desde aquella época, se ha tratado con poco menos rigor á personajes mas distinguidos quizá que el *Prometeo* de la fábula. Todavía podría decirse que no era serio el tormento á que se le condenó, puesto que mientras lo sufría, iban los dioses mismos á consultarle á su roca, y que en breve quedó reducido el castigo, á que llevase siempre *Prometeo* una sortija, en la cual iba embutido un pedazo de piedra del Cáucaso, á fin de que se creyese cumplida así la condena que le amarraba á aquel monte.

Todas estas conjeturas aparecerán doblemente verosímiles, cuando se recuerde el respeto que la antigüedad tributó siempre á *Prometeo*, y se medite sobre el carácter de la fiesta que en su honor establecieron los atenienses, y en la cual, desde la academia donde se le habia erigido un altar, corrían todos hasta la ciudad con hachas encendidas, que no debían apagarse durante la carrera. *Prometeo*, honrado por haber bajado al suelo el fuego celeste, ó sea, por haber aplicado á las artes el fuego ó la luz del saber, era venerado tambien como profeta; y como tales merecían en rigor ser considerados aquellos á quienes una inteligencia superior permitía formar combinaciones duraderas, y lanzarse así en cierto modo á las regiones de lo futuro. Que esta era la opinión de los hombres ilustrados de la antigüedad, y aun acaso la del vulgo, se deduce del placer

y del recogimiento con que asistian los atenienses á las representaciones de la tragedia de Eschilo, intitulada *Prometeo*, en la cual aseguró decididamente el poeta, «que el infortunio de su héroe no tuvo otra causa que los bienes que hizo á los hombres,» y que el autor se complace en enumerar. Entonces como ahora, los beneficios dispensados al género humano eran en efecto títulos para la apoteosis despues de la muerte, pero títulos de proscripción durante la vida. Ni aun parecerá excesivo el rigor con que, segun las tradiciones mitológicas, fue castigada la benéfica temeridad de aquel hombre, si se reflexiona sobre la necesidad que tienen todas las creencias nuevas de alejar por terribles sanciones penales, la idea de los desacatos contra la divinidad. Asi parecia haberlo establecido desde el principio del mundo el Dios verdadero, cuando en pena de la trasgresion de su primer mandato, lanzó á Adán del lugar de delicias en que le habia situado al formarle. Como Adán traspasó un límite que la voluntad soberana de su hacedor le habia fijado, traspasó *Prometeo* el que la ignorancia de su época tenia fijado á la razon, y pudo por tanto ser considerado como un temerario que osó invadir el dominio de la divinidad. En este concepto califica Horacio de *mala supercheria* la accion sobre que discurro.

V. 30. *Macies et nova Febrium...* Todavía se juzgará menos severa la calificación de que acabo de hablar, cuando se piense que del hecho que á ella dió lugar, provinieron segun la creencia gentilica, todos los males que desde entonces afligieron al género humano, al cual determinó Júpiter estender la pena debida al atentado cometido por uno de sus individuos. Ni obró de otro modo, segun nuestra creencia, el Criador del mundo, cuando por la culpa del primer hombre condenó á su posteridad toda á la muerte, y á los males sin cuento que emponzoñan la vida. Una muger fue, segun el inspirado autor del Génesis, el origen de tanta calamidad, y á una muger hizo igualmente la mitología pagana, instrumento del castigo que debia recaer sobre la descendencia del primer hombre. Eva fue dotada por el Dios verdadero de todas las gracias del cuerpo y del espíritu, y segun las

tradiciones gentílicas Júpiter hizo adornar de las mismas galas á otra muger, á la cual, por haber reunido en su persona todos los dones del cielo, se dió el nombre de *Pandora*, de las dos palabras griegas *pan* y *doron* (todo don). Júpiter ordenó á Mercurio llevarla á *Prometeo*, y hacer á este aceptar una caja magnífica, que se habia entregado á *Pandora* para que la regalase á su esposo. *Prometeo* sagaz y desconfiado, rehusó unirse á la hermosa muger; pero su hermano Epimeteo, menos suspicaz ó mas presuntuoso, aceptó su mano, y abrió en seguida la caja, que encontró llena de Fiebres, Ambiciones, Zozobras, y de toda especie de males, que al punto volaron y se diseminaron por la tierra, no quedando mas que la *Esperanza* en el fondo de la caja. Considerando esta invencion del gentilismo como una parábola, es menester convenir en que jamás se imaginó otra mas moral ni mas ingeniosa. En los males derramados por el suelo como castigo de la audacia de *Prometeo*, se descubre una alegoría dirigida á advertir á los hombres, que no debian envanecerse con los progresos de su razon, cuando la multitud de males á que estaban sujetos, les recordaba á cada hora lo endeble de su ser, y lo efímero de su existencia. *Pandora*, muger celestial, que á porfía habian colmado los dioses de dones, es la personificación de la situacion mas envidiable en que puede encontrarse un mortal. En ella se entrega este á proyectos de felicidad y de grandeza, que á medida que los concibe, se disipan al soplo de las dolencias del cuerpo y del espíritu, y contra cuyo rigor no ofrece la existencia otro lenitivo que esa sombra de esperanza, que puede considerarse como la hez ó el asiento del tonel de la vida, ó por servirme de la expresion de la fábula que comento, como *el fondo de la caja*.

V. 32. *Semotique prius...* Entre los males que se derramaron por la tierra, fue uno el de acelerar el paso la *Muerte*, que antes caminaba con mas lentitud, ó descargaba sus golpes mas de tarde en tarde; es decir, que á medida que se fue renunciando á las costumbres puras de la infancia de los pueblos, la vida, que antes se prolonga-

ba considerablemente, se acertó de un modo visible; y he aquí esplicada por una razon sencilla y perentoria, la larga duracion de la vida de los patriarcas.

V. 34. *Expertus vacuum...* Obsérvese la armonia de estos versos, y la sucesion rápida de ejemplos, sentencias é imágenes, de todo lo que es necesario en fin para hacer de esta parte de la oda un trozo admirable.

Dædalus... *Dédalo* presenta otro ejemplo de audacia, que no contiene menos saludable enseñanza que el de Prometeo. *Dédalo*, uno de los mas ingeniosos artistas de Atenas, fue mirado como el inventor de varias de las herramientas que mas contribuyeron á los progresos de ciertas artes, y sobresalió particularmente en la escultura. La envidia le hizo dar muerte á uno de sus mas aventajados discípulos, y condenado por ello, hubo de escapar á Creta, donde su rey Minos le recibió con gran benevolencia, y le encargó la construccion de su famoso laberinto. En Creta favoreció *Dédalo* las relaciones amorosas de la reina Pasifae con un cortesano llamado *Tauro*, de las cuales nació un niño que se llamó *Minotauro*, porque se parecia al mismo tiempo á Tauro y á Minos. La fábula hizo de *Tauro* un toro; del fruto de los amores de la reina un mónstruo, al cual, interpretando á su manera la denominacion de *Minotauro*, dió medio cuerpo de toro y medio de hombre; y del laberinto construido por el artista ateniense, la prision de este mónstruo. Por mas que parezca grosero el colorido con que la mitología barnizó este suceso, y absurdo el hábito de rodear de accesorios inverosímiles los hechos mas sencillos, no dejará de reconocerse que existieron tal vez motivos que autorizaron estas variaciones. En primer lugar no es imposible que tomando el galan de Pasifae precauciones para no ser descubierto, y no conociéndose persona á quien atribuir el fruto de aquellas relaciones culpables, se imputase al toro que mas agradaba á la reina entre todos los de su rebaño. Esto no parecerá extraordinario á los que recuerden que las cópulas bestiales no escitaban entonces horror; y la prueba es que Júpiter mismo se supuso transformado en toro, para gozar de los favores de

Europa, y en cisne para obtener los de Leda. En segundo lugar, en los tiempos en que aquellas tradiciones hacian parte de las creencias religiosas, se estaba convenido en mirar como simbólicas las aventuras que se referian; y no se explicaria de otra manera la conversion de Júpiter en lluvia de oro, ni muchos de los otros hechos de que tendré sucesivamente ocasion de hablar. Como quiera que sea, *Dédalo* fue encerrado con su hijo Icaro en una prision, de la cual no debia salir sino para expiar su crimen con la muerte. El deseo de evitarla le sugirió el pensamiento de fabricarse unas alas de cera, á favor de las cuales, y empleando las precauciones que la esperiencia le señaló como necesarias, se escapó y llegó á Sicilia. Su jóven é inexperto hijo quiso valerse del mismo medio; pero menos cauto que su padre, elevó tanto su vuelo, que el calor del sol le derritió las alas, y fue á caer en una parte del Egeo, á la cual se dió de resultas el nombre de mar Icario. Sin esfuerzo se adivinará el hecho histórico que disfrazan estas alegorías. Las alas que ellas dieron á *Dédalo*, no fueron sino la expresion mitológica de las velas del navío en que él se embarcó, y en que llegó á un territorio de la costa de Sicilia, donde encontró asilo y reposo. El derretimiento de las alas de Icaro fue asimismo la expresion mitológica del naufragio que experimentó, apenas salido de Creta, y de que se conservó la memoria por la denominacion dada á la parte del archipiélago que se supuso teatro de la catástrofe. Tal vez con este desigual éxito de tentativas iguales y simultáneas, se quiso tambien indicar que en vano los hombres vulgares pretenden elevarse á la altura á que solo llegan las inteligencias privilegiadas; ó bien, que la inesperienza de la juventud se estrella á menudo con ignominia, en las empresas que la esperiencia de la vejez lleva á cabo con felicidad y con gloria.

V. 36. *Herculeus labor...* *Hércules* no fué solo en la fábula griega la personificacion de una ú otra cualidad del cuerpo ó del espíritu, como lo fueron casi todas las divinidades paganas, sino la personificacion absoluta del valor y de la fuerza, que habian hecho célebres á muchos in-

dividuos del mismo nombre. Seis *Hércules* contaba Ciceron, y Varron cuarenta y tres; y no es extraño que solo se hable de uno, porque la tendencia de los espíritus á lo maravilloso hizo reunir en un solo individuo, las cualidades de todos los que habian llevado un nombre, que en la antigüedad fué comun á cuantos ostentaron gran fuerza y constancia. El *Hércules* mas célebre fué el tebano, á quien la mitología hizo, como á otros personajes que quiso ensalzar, hijo de Júpiter. Cuéntase que hallándose el rey de Tebas, Anfition, en el pais de los táfios, donde habia ido á vengar agravios hechos á la familia de su esposa Alemena, tomó Júpiter la figura del marido ausente, para engendrar el hijo á quien se reservaban los mas altos destinos: y se añade que el Dios juzgó tan trascendental el negocio, que para prolongar la noche, mandó á Febo detener un dia el carro del sol, y aun aglomeró la duracion de nueve noches para hacer con ellas una sola, tan larga como lo exigia la magnitud de la acometida empresa. Ya dije en la nota sobre el verso segundo, lo que en la mitología griega significaban estas formas de generacion; y ahora añadiré que en todas partes las adoptaron los compiladores de tradiciones religiosas, á ninguno de los cuales se ocultó la necesidad de suponer un origen divino á todo lo que presentaban como digno de veneracion. La mitología india hizo salir á *Rutrena* de la cabeza de *Brama*, como de la de Júpiter la mitología griega á Minerva. Conocidas son las precauciones que hubo de tomar Isis en Egipto para que desapareciesen las huellas de la existencia humanal de su esposo Osiris, y fuese adorado como Dios. Lo mismo que la mitología de los pueblos orientales hizo muchos siglos despues la historia de los boreales, en cuyas regiones los reyes todos que querian inspirar respeto, tomaron el título de hijos de *Odm*, divinidad principal de la teogonia escandinava. Ni fueron solo las falsas creencias las que supusieron *hijos de Dios* á los hombres superiores, ni las que consagraron la intervencion mas ó menos inmediata de la divinidad en su nacimiento. Sancionóla igualmente la religion revelada, bien que de un modo harto mas noble, y acomodado á los altos fines de su institucion; y sin hablar de sus mas au-

gustos misterios, me limitaré á recordar los prodigios que se obraron en la cuna de muchos de los santos varones, á quienes su virtud debia mas tarde erigir altares. Asi, seria un error ver en la paternidad de Júpiter con respecto á *Hércules*, ni en las demas aventuras de esta clase, que atribuyó la mitología griega al primero de los númenes de su Olimpo, hechos materiales ó positivos, ni otra cosa que símbolos variados de la predileccion de la divinidad en favor de individuos, destinados á mejorar de un modo ú otro la condicion de los hombres. Estos símbolos fueron tal vez groseros, cual correspondia á la embotada inteligencia y á los hábitos puramente materiales de los hombres primitivos; pero en sus corazones existia el instinto de moralidad que estampó en todos el autor de la naturaleza, y ninguna creencia religiosa podia contrariar aquel instinto, sin provocar la befa ó la execracion. Las aventuras amorosas y las relaciones carnales atribuidas á los dioses, habrian sido, á considerarse como reales, una causa perpétua de escándalo, y un estímulo permanente de inmoralidad; pues por ceñirme al *Hércules*, que es objeto de esta nota, nó debo omitir que su madre Alemena fue nieta de Perseo, que segun la fábula, tuvo Júpiter en Danae; y severísimo juicio deberia formarse de amores entre personas unidas por tales lazos. Esto en cuanto á la generacion de *Hércules*. En cuanto á la aventura de su bajada á los infiernos, aventura que en el pasaje que comento califica Horacio de *trabajo*, diré, que por virtud de un convenio celebrado entre Júpiter y su esposa Juno, debia el héroe tebano ocupar despues de su muerte un lugar entre los demas dioses del Olimpo, siempre que desempeñase en vida *doce trabajos*, esto es, que diese cabo á doce aventuras, cuya designacion se encomendó á un rival de *Hércules*, llamado Euristeo. Este, deseando hacer imposible el cumplimiento de la condicion, señaló al hijo de Júpiter trabajos superiores á las fuerzas de un mortal, y entre ellos el de llevarle amarrado el Cerbero, perro de tres cabezas, encargado de guardar las puertas del Infierno; y contra las esperanzas de Euristeo dió *Hércules* fin glorioso á esta aventura. El hecho que la

hizo inventar fue que en el promontorio *Ténaro*, situado entre los golfos de Mesenia y Laconia, habia una ancha y horrible hendidura, que la supersticion de los habitantes salvages del territorio limitrofe miraba como un respiradero del infierno. En una de las cuevas formadas entre las grietas del hondo barranco, se habia visto algunas veces una enorme serpiente, que la credulidad y el terror convirtieron en un mónstruo, encargado de defender aquellas regiones. *Hércules* dió muerte al formidable dragon, y las circunstancias maravillosas con que el reconocimiento de los pueblos adornó desde luego la relacion de aquella accion atrevida, sirvieron de fundamento á las variantes mitológicas, é hicieron emplear como sinónimo de *infierno* el nombre de *Ténaro*, que era el de un promontorio de Laconia, y el de *Acheron*, que era el de una laguna del mismo pais, y el de un rio de la Tes-

ODE IV.

AD SEXTIUM.

Solvitur acris hiems gratà vice veris et Favonì;

Trahuntque siccas machinæ carinas;

Ac neque jam stabulis gaudet pecus, aut arator igni;

Nec prata canis albicant pruinis.

Iam Cytherea choros ducit Venus, imminente lunâ; 5

Junctæque Nymphis Gratia decentes

protia, célebre por aventuras ó accidentes análogos, de que ya tendré ocasion de hablar. No concluiré esta nota sin observar que á los ejemplos de audacia punible citados antes por Horacio, no parece que hubiera debido agregar el de la aventura de *Hércules*, que dejó esplicada, pues el valor empleado para acometerla era digno de alabanza, y no de vituperio. De alabanza era digna tambien la perseverancia con que Prometeo trabajó en arrancar á la naturaleza algunos de sus secretos, y Horacio la habria sin duda ensalzado como ensalzó muchas veces á *Hércules* por sus proezas, si en esta pieza no se hubiese propuesto considerar bajo el aspecto puramente religioso los hechos á que aludia; y los citados de *Hércules* y Prometeo podian, mirados á esta luz, ser sin exageracion calificados de temerarios.

ODA IV.

A SEXTIO.

Ya al rudo invierno lanzan

Blando Favonio y dulce primavera,

Y máquinas al agua

Las naves botan en la playa secas.

Ni el fuego á los gañanes,

Ni á los ganados el establo alegre,

Ni con la cana escarcha

Blanquea entapizada la pradera.

Ya al asomar la luna

Coros de Ninfas guia Citerea,

Y las sencillas Gracias

Con ellas en festivo baile alternan,